

Ebook

Crisis internacional: Ajustar el rumbo y mejorar el funcionamiento sistémico.



Por Roberto Sansón Mizrahi
Editor de Opinión Sur.



South North 
Development Initiative

Temario

Introducción

Capítulo 1

Raíces estructurales y funcionales de la crisis

Capítulo 2

Crisis internacional: ajustar el rumbo

Capítulo 3

Encarando la crisis: estampida y soluciones

Capítulo 4

Salir de la crisis hacia un mejor funcionamiento sistémico

Capítulo 5

Crisis en Estados Unidos: sugerencias desde el Sur

Introducción

Si el colapso económico internacional se hubiese producido porque tan sólo se trabó el buen funcionamiento de la maquinaria económica, la solución sería de destrabar lo que fue trabado, "quitar los palos de la rueda". De ese modo el sistema pre-existente se recuperaría y al volver a funcionar iría resolviendo los problemas que hoy sufrimos, incluyendo la extendida recesión y desocupación.

Esta es la esencia de una mirada funcionalista de la crisis. Habría que decir que son muchos los "palos" que traban el buen funcionamiento de la maquinaria económica y que, en principio, nada impediría intentar retirarlos de modo de devolver el vigor y la efectividad perdidas. Pero ocurre que esto no es sencillo de lograr no sólo porque las trabas funcionales son numerosas, sino porque además están estrechamente vinculadas con variados intereses que pugnan entre sí para lograr reproducirse. De todos modos será siempre muy positivo desplegar los mayores esfuerzos por mejorar nuestra forma sistémica de funcionar.

Otras miradas observan que no fue tan sólo el mal funcionamiento de la maquinaria económica el generador de los problemas contemporáneos, sino muy especialmente el rumbo sistémico que orienta la marcha. La maquinaria económica, que es conducida por personas y organizaciones que cuidan sus intereses particulares, se ha encaminado en una dirección que tiende a producir desastres ambientales, graves conflictos sociales y seria inestabilidad política.

Es éste un tema complejo que entrecruza lo económico con lo político, lo social, lo ambiental e involucra a un buen número de factores. Entre ellos hay un factor que nos involucra a todos y que no suele ser tenido muy en cuenta al considerar la génesis y el desarrollo de la presente crisis: la alienación en la que muchos hemos caído en cuanto a la significación que asignamos a lo que somos y a lo que hacemos. Esta alienación, que trasciende el ámbito de la filosofía y de la psicología individual, se proyecta sobre la marcha del sistema global conduciendo a un compulsivo consumismo, a la destrucción inmisericorde del medio ambiente, a una acumulación desenfrenada de ingresos, a la

exacerbación del egoísmo que lleva a ignorar a los rezagados y a los indigentes que son mayoría en este mundo.

En los capítulos que siguen se analiza una maquinaria socioeconómica de imperfecto funcionamiento que es conducida hacia un rumbo desbalanceado que afecta al planeta en su conjunto. Frente a esto se plantea el doble esfuerzo de ajustar el rumbo y, en simultáneo, mejorar la efectividad de nuestra forma de funcionar.

Capítulo1

Raíces estructurales y funcionales de la crisis

La estructura social, económica y política de un país condiciona su forma de funcionar y la forma de funcionar impacta esa estructura. Algunos factores estructurales producen serios desajustes funcionales y formas disfuncionales de funcionar suman su impacto para desencadenar situaciones explosivas como la presente crisis global. Frente a ello toca escoger entre diferentes opciones: desde encarar soluciones orgánicas que aseguren sustentabilidad sistémica hasta acudir a sustitutos que ganan tiempo postergando los desenlaces. ¿Cómo caracterizamos esas opciones y qué tipo de medidas se utilizan en cada caso? ¿Es posible construir una senda entre la autoregulación y el dirigismo?

La estructura social, económica y política de un país condiciona su forma de funcionar y la forma de funcionar de un país impacta su estructura. Una deficiente estructura compromete la forma de funcionar en cuanto a rumbo y desempeño sistémico, y el tipo de funcionamiento socio-económico produce efectos directos sobre la propia estructura. Esta interrelación va tejiendo la dinámica social, económica y política de un país. Algo semejante, aunque con mayor complejidad institucional, se da a nivel internacional.

Para ejemplificar como se desarrolla en la práctica esa interacción entre lo estructural y lo funcional tomemos una de las características más comunes a la mayoría de los países: la desigualdad. La desigualdad implica que hay sectores de la población que detentan mayor riqueza que otros. En algunos casos las diferencias entre sectores es abismal y tiende a incrementarse; en otros las diferencias son algo menores pero tienden también a mantenerse o a agravarse.

Las diferencias patrimoniales de una estructura socio-económica desigual se expresan de varias formas, entre otras en una segmentación de la demanda efectiva y en una concentración de la capacidad de ahorro.

Segmentación de la demanda efectiva: sus efectos

La segmentación de la demanda efectiva hace que coexistan sectores afluentes de consumo conspicuo, con sectores populares que apenas si cubren sus necesidades básicas; entre ellos están los sectores medios que consumen bienes básicos y, si disponen de excedentes, reproducen a su nivel los patrones prevalecientes de consumo superfluo.

¿Cómo influye sobre el modo de funcionar esta segmentación de la demanda derivada de una estructura económica desigual? De varias formas; algunas económicas y otras socio-políticas. Por de pronto, el consumo superfluo de los sectores afluentes y algunos sectores medios genera un segmento del aparato productivo dedicado a producir los bienes superfluos. Esto consagra una cierta asignación socialmente subóptima de los recursos disponibles y, al mismo tiempo, da lugar a la aparición de actores económicos (las empresas proveedoras de bienes superfluos) interesados en mantener ese tipo de consumo conspicuo y la estructura desigual que lo origina y sostiene.

Pero hay más efectos. El consumo conspicuo de los sectores afluentes no alcanza para demandar todos los bienes y servicios que puede producir el aparato productivo que, sin pausa, busca expandirse permanentemente. Para poder sostener su crecimiento la oferta disponible necesita ser acompañada por una demanda que vaya expandiéndose a su ritmo. Cuando el proceso de acumulación se torna cada vez más concentrado se quiebra ese balance y, de no existir una intervención exógena al sistema económico, la demanda tendería a quedar rezagada.

Cómo encarar el desbalance

Aquí aparece un crítico aspecto de funcionalidad económica: *cómo reacciona el sistema para ajustar un desbalance que puede comprometer su expansión*. Una fórmula –que llamamos de crecimiento orgánico– sería que se fuesen aumentando los ingresos de los consumidores de modo que puedan ir absorbiendo con recursos genuinos la oferta del aparato productivo. Si esto se logra, oferta y demanda se irían acompañando una a

otra, aunque pudieran ir cambiando de composición por variaciones en las preferencias de los consumidores muy influenciadas por el desarrollo tecnológico, la aparición de nuevos bienes y servicios, y un mayor conocimiento o apreciación de diferentes tipos de satisfactores. Pero, más allá de esa significativa dinámica interna inducida por la innovación y los descubrimientos, el hecho sería que, a nivel agregado, oferta y demanda, oferta y demanda, irían creciendo orgánicamente.

En cambio si existiese, como ocurre en la realidad, un proceso de concentración de la riqueza que se proyecta en una concentración de los ingresos y, por tanto en un desigual poder de compra y de ahorro, entonces ese crecimiento orgánico estaría amenazado. Se iría abriendo un peligroso espacio entre la capacidad de producción y el consumo de esa producción que, si no se lograra corregir, podría trabar el funcionamiento económico y, eventualmente, deslizarlo hacia un colapso: ante la falta de demanda cierran empresas, crece el desempleo, caen los ingresos, se reduce aún más la demanda y lo que había sido un círculo virtuoso se transforma en una viciosa espiral descendente.

Pero, ¿será inevitable que así sucediese? De ninguna manera. *Antes de colapsar el sistema económico procura encontrar otras salidas, algunas saludables desde el punto de vista sistémico y otras que tan sólo postergan el traumático desenlace.*

Cuando aparece la tensión de una demanda que no logra acompañar a la oferta puede acudir a una batería de efectivas medidas. Esas medidas apuntan a generar o acceder a recursos que sean capaces de sostener una demanda genuina. ¿Cuáles son esos recursos?

(i) Posibilidades que ofrece el sector externo

Por un lado se buscan los recursos de demandantes extranjeros de nuestros productos. Esto es, el país puede exportar parte de su producción a otros países y colocar allí lo que su mercado interno no es capaz de absorber. Pero ello tiene un doble límite: por un lado hay muchos otros países que compiten por atraer a esos mismos

compradores con lo que, si bien hay nichos muy interesantes que vale explorar a fondo, el esfuerzo principal es de hacerse cada vez más competitivos mejorando productividades y colocándose lo más a la vanguardia posible de la innovación y las nuevas tendencias. Existirán algunos productos exportables en los que el país tiene ventajas competitivas que posibilitan no depender exclusivamente de su mercado interno. En esos casos habrá que ver quiénes exportan y cómo permean dentro del país los ingresos así generados. Pero, cuidado, también nuestras unidades de producción están recibiendo la competencia foránea en su propio mercado interno ya que se importan bienes y servicios que captan parte de los recursos que se generan en el país. Quiere decir que hay por el lado del sector externo oportunidades pero también desafíos que pueden transformarse en amenazas. Mucho, poco o nada se puede lograr por el lado del sector externo según sean las circunstancias internacionales y la efectividad de nuestras propias decisiones.

(ii) Posibilidad de generar recursos internos genuinos

Por otro lado, se pueden generar dentro del país ingresos genuinos para alimentar el consumo interno. Hay una variedad enorme de políticas para lograr que los ingresos que el proceso de concentración coloca en pocas manos se vayan distribuyendo con mayor equidad abatiendo o reduciendo la desigualdad. En números anteriores de Opinión Sur hemos abordado esta temática por lo que no abundaremos en ella en este artículo. Baste recordar (i) las macro políticas en materia fiscal, de gasto público, de estabilidad monetaria, de canalización del ahorro hacia la inversión real, de promoción de exportaciones, (ii) las iniciativas mesoeconómicas de empresas líderes de redes productivas tendientes a fortalecer sus cadenas de valor, asegurando una justa distribución de resultados entre quienes las conforman y optimizando los efectos secundarios en otros actores de sus decisiones estratégicas, y (iii) la acción directa de apoyo a la base de la pirámide socio-productiva a través de canalizar conocimiento de excelencia, financiar formación de capital, asistir en el desarrollo de la gestión, concebir buenas estructuras de negocios y facilitar el acceso a mercados.

(iii) El riesgo de acudir a soluciones sustitutas

Ahora, ¿qué pasa si por razones políticas, por la oposición de poderosos intereses, por negligencia o por cualquier otra razón, esas medidas para generar una base genuina de ingresos no se llegasen a aplicar (o se aplicasen a un nivel rayano con la cosmética sin mayor envergadura o trascendencia)? Pues, como el sistema no escogerá suicidarse a corto plazo, se acudirá a pobres sustitutos que no resuelven pero patean para adelante el problema de desfasaje estructural entre oferta y demanda. Hay soluciones que pasan por la represión y la implantación de regímenes autoritarios que no consideramos en estas líneas porque nos hemos propuesto concentrarnos en soluciones practicables en países con sistemas más o menos democráticos (habría mucho que decir sobre una democracia política y una democracia plena que es la que incorpora derechos económicos, sociales y ambientales). Una de esas soluciones sustitutas es proveer financiamiento a los segmentos de población que no disponen de ingresos genuinos para expresarse como consumidores en el mercado. Para ello se flexibilizan los criterios de asignación del crédito de modo que más gente pueda acceder por más tiempo a préstamos que se renuevan año tras año. Es obvio que después de algunos ciclos crediticios, si no se hubiese mejorado la base de ingresos genuinos de los consumidores, ellos caerían en una típica y bien conocida situación de sobreendeudamiento. Esto es, lisa y llanamente que no pueden afrontar el pago de sus préstamos. Cuando son pocos los que caen en cesación de pagos el problema puede contenerse pero cuando el fenómeno es masivo la debacle se torna inevitable, como fue el caso de las famosas hipotecas sub-prime y el explosivo segmento de las tarjetas de crédito. Las consecuencias están a la vista.

Concentración del ahorro: sus efectos

Lamentablemente los efectos arriba descritos no son todos los que surgen de una estructura socioeconómica signada por la concentración de la riqueza. Falta considerar cómo juega la concentración del ahorro en ciertos segmentos del sistema económico.

Los sectores beneficiados por el proceso concentrador acumulan enormes excedentes financieros que requieren ser reciclados. En épocas normales no se inmovilizan esos excedentes sino que se procura colocarlos en inversiones financieras o de la economía real para, dados determinados niveles de riesgo, obtener el mayor rendimiento posible⁽¹⁾. Sin embargo, a medida que el proceso concentrador restringe la demanda efectiva se reducen las oportunidades de buenas inversiones en la economía real, induciendo el desvío de colocaciones hacia transacciones financieras especulativas, incluyendo las que se orientan a sostener el consumo más allá del duro límite de los ingresos genuinos.

El sistema financiero crea sofisticados productos para absorber los excedentes que necesitan ser reciclados obteniendo en el proceso altos retornos. Para captar los recursos excedentarios los operadores financieros compiten en términos de precios (tasas de retorno) ponderados con el riesgo inherente a cada transacción. Los mayores retornos se logran con audaces ingenierías financieras y cierto encubrimiento de los riesgos implícitos, como ocurrió con los mencionados préstamos hipotecarios “subprime” y las tarjetas de crédito, donde se buscó diluir responsabilidades a través de complejas operaciones y cadenas de intermediación y derivación. Se instala de esta forma otro factor que complementa y refuerza el peligroso círculo vicioso que conduce hacia la crisis.

Una conclusión abierta a opciones

Al final de este análisis centrado en una de las principales características estructurales contemporáneas (la desigualdad generada por un proceso de acumulación concentrador) podemos extraer algunas importantes conclusiones. Si bien una parte de las condiciones para que se produzca una crisis deriva de una estructura socio-económica signada por la concentración de la riqueza, los desajustes resultantes podrían amenguarse sin afectar la composición de esa estructura (y en algunos casos hasta aún resolverse), si es que las medidas que se adoptasen a nivel de la forma de funcionar contrarrestasen los efectos estructurales.

Lo que está claro es que si a una estructura viciada de concentración se le sumase una forma de funcionar incapaz de contrarrestar los efectos desestabilizadores, crisis como la que estamos atravesando en casi todo el mundo se tornan inevitables.

A esta altura del análisis vale explicitar una obviedad. A pesar de su crítica importancia, la desigualdad no es el único factor que incide en el curso de los acontecimientos. Hay otros muy significativos que sería un gravísimo error ignorar ya que, de una forma u otra, se condicionan y potencian entre sí: el deterioro ambiental, los regímenes políticos, la institucionalidad global, las diferencias de poder militar, la concentración de los cada vez más estratégicos medios de comunicación social, la amenazante acción de sistemas delictivos agravados, el contexto valorativo de cada sociedad y la influencia que nuestra actitud individual tiene sobre los procesos locales e, indirectamente, sobre el curso del acontecer mundial.

Con todas estas variables en juego hay quienes consideran que su administración a largo o mediano plazo es impracticable mientras que otros piensan lo contrario. Por mi parte observo que existen mecanismos sistémicos de autoregulación para encarar desajustes menores o medianos producidos por ciertas combinaciones de estructura y de forma de funcionar, pero todo parece indicar que los desajustes mayores rebalsan la capacidad de autoregulación. Mientras que el sistema económico podría endógenamente ajustar los múltiples pequeños desvíos, es difícil negar que se requieren decisiones exógenas a la economía para superar severas disfuncionalidades y asegurar un buen funcionamiento sistémico. El piloto automático sirve para algunos tramos de la trayectoria pero, cuando en momentos críticos o de turbulencia se imponen importantes cambios estratégicos, necesitamos acudir a nuestro liderazgo para ajustar y luego sostener el rumbo.

Cómo ejercerlo, cómo encarar con efectividad las críticas decisiones estratégicas es algo complejo que requiere de conocimiento, experiencia, temple, una apropiada correlación de fuerzas sociales y apego a ciertos valores que definen nuestra humanidad. Tema por cierto abierto, como son múltiples las opciones que se abren frente a nosotros en cada una de las circunstancias de la vida.

Notas:

(1) Si bien comienza a tomar significación una promisorio corriente de inversión responsable, en general los criterios de rentabilidad y riesgo para aplicar recursos no consideran el impacto social y ambiental de la inversión, evidenciando que no existe aún un mecanismo de autoregulación capaz de asegurar el mejor uso global de los ahorros disponibles.

Capítulo 2

Crisis internacional: ajustar el rumbo

Entre los factores que generaron la presente crisis internacional existen algunos que son evidentes –como es el caso de la debacle del sistema financiero que gatilló la crisis- y otros menos evidentes pero igualmente importantes. Sin la presencia de estos otros factores es muy posible que esta crisis no se hubiese producido o que sus impactos hubiesen sido infinitamente menores. ¿Cuáles son esos otros factores? Muchos y diversos, y no se limitan obviamente al mundo económico sino que también tienen que ver con los sistemas de gobierno y las actitudes sociales predominantes.

Entre los factores que generaron la presente crisis internacional existen algunos que son evidentes –como es el caso de la debacle del sistema financiero que gatilló la crisis- y otros menos evidentes pero igualmente importantes. Sin la presencia de estos otros factores es muy posible que esta crisis no se hubiese producido o que sus impactos hubiesen sido infinitamente menores.

¿Cuáles son esos otros factores? Muchos y diversos, y no se limitan obviamente al mundo económico sino que también tienen que ver con los sistemas de gobierno y las actitudes sociales predominantes. En las líneas que siguen se analizan algunos de los más importantes factores intervinientes procurando ofrecer una más amplia visión de la naturaleza de la crisis, de su dinámica y de las medidas que pudieran ayudar a superarla.

Funcionamiento económico trabado por la desigualdad

Un crítico factor que traba el funcionamiento económico es la creciente desigualdad que existe entre países y, dentro de cada país, entre sectores sociales. Este es un fenómeno muy conocido y documentado.

La desigualdad es generada por un particular proceso de acumulación sesgado hacia la concentración de la riqueza. Con esto estamos implicando que hay distintos

tipos de procesos de acumulación: unos que generan una agresiva concentración de la riqueza y otros que desembocan en una menor o muy reducida concentración.

Pareciera que todo proceso de acumulación tiende casi naturalmente a la concentración a menos que decisiones exógenas al sistema económico intervengan para compensar esa tendencia. Esas decisiones desconcentradoras son tomadas por diferentes actores.

Las más significativas son las que se toman a nivel de gobierno para redistribuir el flujo de ingresos, entre otras las decisiones referidas al nivel y la distribución de la carga impositiva, a la asignación del gasto público, a la política monetaria y de acceso al crédito, a las formas de canalizar el ahorro nacional hacia distintos tipos de inversiones, a la adopción de regulaciones sociales y ambientales.

También inciden sobre el tipo de acumulación prevaleciente las decisiones que toman las empresas, en particular las que lideran cadenas productivas, en materia de salarios, precios, tecnología, fuentes de aprovisionamiento y destino de sus productos. Estas decisiones estratégicas tienen efectos primarios que impactan la propia empresa pero también efectos secundarios sobre otros actores económicos de las comunidades en las que operan. Evaluar estos efectos secundarios y ajustar las decisiones estratégicas para maximizar su impacto positivo son los pilares de lo que denominamos responsabilidad mesoeconómica de las empresas líderes de cadenas productivas.

Por diversas razones y circunstancias políticas y económicas, el proceso de acumulación que prevalece tuvo y aún tiene un fuerte carácter concentrador. La concentración de los ingresos condiciona el funcionamiento del sistema económico; es un factor importante que impacta la dinámica económica que conduce a una crisis.

El impacto de la concentración en la crisis

* Por de pronto *la concentración conduce a la segmentación de la demanda efectiva.*

Los sectores afluentes favorecidos por la concentración, toda vez que sus necesidades básicas están ampliamente satisfechas, desarrollan una demanda conspicua por bienes muchas veces superfluos que los diferencian socialmente de los demás. Esta demanda envía señales al aparato productivo para que produzca ese tipo de bienes y servicios, consagrando una asignación subóptima del ahorro nacional y generando, al mismo tiempo, intereses corporativos comprometidos con el sostenimiento de ese patrón de consumo e, indirectamente, del proceso de concentración que lo sustenta.

A lado del consumo conspicuo, coexisten los sectores de bajos ingresos que no logran sino parcialmente satisfacer sus necesidades básicas; de este modo no se expresan sino muy disminuídos como demanda efectiva. Por su parte los sectores medios cubren sus necesidades básicas y, cuando disponen de saldos disponibles, en general reproducen inducidos por la publicidad buena parte del patrón de consumo superfluo.

* Al mismo tiempo, *los sectores beneficiados por el proceso concentrador acumulan enormes excedentes financieros que requieren ser reciclados*. En épocas normales nadie inmoviliza sus excedentes sino que procura colocarlos en inversiones financieras o en la economía real para, dados determinados niveles de riesgo, obtener el mayor rendimiento posible. Sin embargo, el proceso concentrador y sus impactos sobre la demanda efectiva reducen el potencial de oportunidades en la economía real, desviando las colocaciones hacia transacciones financieras cada vez más distantes o mediatizadas de la economía real.

El sistema financiero crea sofisticados productos para absorber los excedentes que necesitan ser reciclados obteniendo en el proceso altos retornos. Pero de esta forma se instala un peligroso círculo vicioso que, si no es alterado, termina colapsando. Para captar los recursos excedentarios los operadores financieros compiten en términos de precios (tasas de retorno) ponderados con el riesgo inherente a cada transacción. Los mayores retornos se logran con audaces ingenierías financieras y cierto encubrimiento de los riesgos implícitos, como ocurrió con los prestamos hipotecarios “subprime” y

otros préstamos para el consumo (tarjetas de crédito). Al no ampliarse su base de sustentación este proceso deviene inherentemente insostenible.

** Frente a los desajustes derivados del proceso concentrador, ¿cómo reacciona el sistema económico? Una solución orgánica para asegurar que el crecimiento productivo pueda mantenerse y no se estrangule es reducir o revertir la concentración de ingresos. Con ello se amplía el mercado consumidor en base a ingresos genuinos y se generan en simultáneo nuevas oportunidades en la economía real para absorber productivamente los recursos financieros existentes.*

Lamentablemente no es ésta la ruta que se sigue. En cambio y ante la ausencia de una intervención correctora exógena, el sistema económico procura extender su forma de funcionar sin transformar la tendencia hacia la concentración: en lugar de ampliar los ingresos genuinos de sectores medios y bajos les provee de financiamiento. De este modo, después de algunos ciclos crediticios en los que las deudas de los consumidores crecen a tasas mayores que sus ingresos, se desemboca casi inevitablemente en una extendida situación de sobre-endeudamiento.

El permanente reciclado de recursos excedentarios en transacciones financieras alejadas de la economía real termina generando explosivas burbujas especulativas que quiebran intempestivamente. En definitiva, en lugar de abatir o desarmar el proceso concentrador y sus efectos, la dinámica económica termina cebando la bomba que desemboca en una destructora y penosa explosión.

Futilidad de salvatajes que no transforman la forma de funcionar

La implicación de este análisis sobre las medidas que se adopten intentando superar la crisis es muy clara: refiere a la futilidad, o cuando menos insuficiencia, de aquellas medidas que no sean capaces de transformar la forma de funcionar concentradora de nuestras economías. Por cierto que inyectando ingentes recursos los problemas puedan atemperarse por un tiempo más allá de la insuficiencia de la estrategia adoptada pero, si con ello no se lograra cambiar la dinámica que conduce a la

crisis, tarde o temprano la situación de crisis tenderá a reproducirse. De este modo los esfuerzos terminan siendo infructuosos ... quizás no para todos pero, sin duda, para quienes les toca financiar en última instancia los costosos salvatajes.

* ¿Cuáles podrían ser las medidas correctoras que tiendan a verdaderamente superar la presente crisis? Aquellas medidas que viabilicen la transición hacia una acumulación no concentradora. Entre otras (cubiertas en números anteriores de Opinión Sur), las siguientes:

- Macro políticas para abatir desigualdad y sostener el crecimiento, en materia fiscal, de gasto público, de estabilidad monetaria, de canalización del ahorro hacia la inversión real.
- Iniciativas mesoeconómicas de empresas líderes de redes productivas tendientes a fortalecer sus cadenas de valor, asegurando una justa distribución de resultados entre quienes las conforman y optimizando los efectos secundarios en otros actores de sus decisiones estratégicas.
- Acción directa de apoyo a la base de la pirámide socio-productiva a través de canalizar conocimiento de excelencia, financiar formación de capital, asistir en el desarrollo de la gestión y de una buena estructura de negocios, y facilitar el acceso a mercados.

Desfasaje entre fuerzas económicas globales y gestión política nacional:

El estallido de la crisis internacional encontró un mundo donde las fuerzas económicas son ya de envergadura global mientras que la gestión política sigue siendo de alcance nacional. Se produjo un quiebre o desfasaje entre el desarrollo económico internacional y la gestión pública internacional. Esto se expresó con total claridad en los primeros momentos de la crisis global: la reacción inicial fue descoordinada y cada país intentó salvarse por su cuenta. Muy pronto se tomó conciencia que no era una simple economía nacional la que entraba en crisis sino el conjunto de las economías centrales y con muy posibles rebotes sobre el resto del mundo en desarrollo.

En ausencia de un gobierno global y frente al fenomenal desborde de los impactos, fue necesario coordinar las respuestas entre países, liderados por Estados Unidos y la Unión Europea con la menos notoria pero absolutamente crítica participación de China, India y las demás locomotoras asiáticas.

Este factor, el hecho que existan problemas globales pero no un gobierno internacional, agrega una severa restricción para enfrentar la crisis y corregir las dinámicas que la generan. Nos lleva a reflexionar sobre cambios institucionales que debieran encararse.

Será necesario ensayar una transición hacia un nuevo orden internacional que deje atrás las desigualdades extremas y cuente con instituciones de gobierno bien articuladas con la gestión de los gobiernos nacionales. Sería algo equivalente a lo que ocurrió cuando, ya lejos en el pasado, se conformaron los gobiernos nacionales y las ciudades-estado y otras jurisdicciones locales tuvieron que acomodarse a las nuevas circunstancias.

Esta transición por cierto que no es sencilla ya que requiere conciliar un gran número de intereses diversos. Hay temas sumamente complejos como los referidos a identidades y nacionalidades (preservar diferencias y diversidades con el mayor de los respetos), y la distribución de funciones entre niveles local, nacional y global. Se trata de encarar problemas globales sin recortar la jurisdicción para encarar con efectividad problemas nacionales o locales. Tema complejo y controversial por la interacción entre niveles que torna borrosos los límites de lo que es global, nacional y local; a pesar de lo cual será de todos modos necesario explorar cómo avanzar en esa transición.

La sociedad desconcertada

La aceleración contemporánea y las rápidas transformaciones que se suceden afectan a todas las capas sociales (más por cierto a jóvenes y sectores indigentes) generando una sociedad cada vez más desconcertada. Prima una mirada azorada sobre sus problemas y desafíos, con la contracara de una baja reacción para encontrar

soluciones; lo cual desemboca en mayor ansiedad, desorientación y alienación expresados bajo la forma de adicciones (alcohol, drogas, juego, consumismo), focos de nihilismo, intolerancia, agresividad, violencia social y doméstica.

Una sociedad desconcertada contribuye a sostener la dinámica que conduce a la crisis; implica debilidad para comprender, resistir y ajustar conductas. Permite la manipulación de voluntades y el desarrollo de una cultura del temor que, cuando estalla una crisis, se transforma fácilmente en pánico que magnifica enormemente el impacto de la crisis.

Frente a esto sólo cabe un trabajo permanente de esclarecimiento, de comprensión de dinámicas complejas, de identificar mejores opciones, de reforzar la propia confianza y la resiliencia, de motivación para encarar y superar dificultades. Acciones orientadas a elevar la conciencia individual y grupal, a fortalecer valores adaptados a la presente fase histórica de la humanidad.

Ninguna poción mágica resolverá el desconcierto; tampoco iluminado alguno. Ayudará en cambio el esfuerzo cotidiano del sector público, el privado y las organizaciones de la sociedad civil por asociar reflexión, pensamiento estratégico y acción transformadora en todos los frentes de nuestra vida social y política,

Capítulo 3

Encarando la crisis: estampida y soluciones

En una crisis cada quien procura evitar sus efectos o descargarlos en otros. Como en cualquier estampida, quien no logra correrse a tiempo termina aplastado por la manada.

¿Cómo podremos encarar esta crisis para mitigar sus efectos y emerger lo mejor parados posible? Dependerá de cómo evolucionen las circunstancias de contexto (que no controlamos) pero también, y muy especialmente, de nuestra propia forma de reaccionar: persisten viejos problemas que han minando nuestra potencialidad y nuevas decisiones esperan ser adoptadas. Esto sí cae en nuestra órbita de responsabilidad.

Enfrentamos una crisis mundial gatillada por el descalabro del sistema financiero de los países centrales. Sus efectos se hacen sentir en todos lados aunque de manera desigual. Hay una generalizada desaceleración y en muchos casos estancamiento o recesión. Los grandes jugadores internacionales analizan líneas de defensa y estrategias de salida; pueden incidir sobre el curso de los acontecimientos pero no evitarlos. Procuran coordinar sus políticas de modo de contener la primera reacción que fue un sálvese quien pueda o, más específicamente, me salvo yo a expensas de los demás. Queda por ver si la coordinación podrá sostenerse y cómo reaccionarán las economías emergentes, en particular locomotoras como China, India, Brasil y México.

En una crisis cada quien procura evitar sus efectos o descargarlos en otros. Como en cualquier estampida, quien no logra correrse a tiempo termina aplastado por la manada. Los mejor posicionados utilizan su mayor poder económico y su mejor acceso a información, contactos, conocimiento, para proteger con más efectividad sus intereses. Algunos lo hacen dentro de la legalidad y otros fuera de ella. La mayoría sabe que desproteger en forma individual el propio interés no ayuda a los más débiles sino que facilita la acción depredadora de cuervos y lobos; de ahí la importancia de elaborar respuestas a nivel de políticas y regulaciones.

Con el tiempo aparecen lecciones que los prudentes y los pescadores de río revuelto saben internalizar. El resto, que es mayoría, no logra desentrañar la lógica de la crisis, recibe los golpes, retorna al rebaño de los incautos y cae otra vez en un consumismo que despoja sus días de significación. Los cuervos y los lobos cambian de ropaje, blanquean su linaje y dan paso a una nueva camada de inescrupulosos trepadores.

¿Cómo podremos encarar esta crisis para mitigar sus efectos y emerger lo mejor parados posible? Dependerá de cómo evolucionen las circunstancias de contexto (que no controlamos) pero también, y muy especialmente, de nuestra propia forma de reaccionar: persisten viejos problemas que han minando nuestra potencialidad y nuevas decisiones esperan ser adoptadas. Esto sí cae en nuestra órbita de responsabilidad.

Unirse

En mi opinión, el factor más crítico para encarar la crisis no es económico sino político y social: necesitamos aunar esfuerzos, unirnos para enfrentar los desafíos y trabajar con éxito las nuevas oportunidades. Nos hemos desgastado por demasiado tiempo con enfrentamientos internos, antagonismos que drenan energía y afectan la agilidad para reaccionar. No tiene sentido demonizar al adversario y dirigirse al otro desde la única verdad que, por supuesto, es la nuestra. No enriquece sino empobrece a la sociedad el canibalismo político. Debemos parar esto; las mezquindades son ya un peso muerto insostenible. La propia chacra nunca será vergel en medio de un desierto; al erosionar el campo del vecino caemos con él.

Se impone un liderazgo unificador; hábil para alinear intereses y necesidades. Quien no sepa, no quiera o no pueda hacerlo debe ser castigado en las urnas. No hay más espacio para el todo o nada; se requieren concesiones mutuas para establecer acuerdos de corto y mediano plazo; que sean transparentes, sin trucos y con salvaguardas para preservar objetivos en caso se produjesen desvíos por cambios en las circunstancias. Se pretende franqueza y se busca una justa distribución de resultados al margen de amiguismos y de cualquier tipo de clientelismo. La intermediación política

es útil en la medida que sus intereses como *brokers* no afecten los de la población en su conjunto. Tampoco valen contubernios que buscan descabezar a unos para dar paso a otros; como si el recambio de personas y no de formas de actuación pudiese operar el milagro. Algunos políticos nos quieren convencer que si su facción accediese al gobierno la cosa sería muy distinta; pero nos hemos cansado de comprobar que el sólo cambio de caras no resuelve nuestros problemas.

Tenemos los líderes que tenemos y con ellos o a pesar de ellos habrá que avanzar. No se improvisa en política y voltear o neutralizar gobiernos más que aportar, resta. En verdad es preferible una solución sub-óptima pero positiva y que pueda implementarse de inmediato, que otra eventualmente superior pero incierta en cuanto a si podrá finalmente ejecutarse. En lugar del eterno intento por neutralizar a gobiernos conducidos por adversarios, el foco debiera ser sincerar y alinear con ellos intereses, necesidades, valores, utilizando toda la gama de modalidades para construir acuerdos pluripartidistas que puedan sostenerse. Habrá luego tiempo para evaluar quiénes realmente realizaron sinceros esfuerzos para unirnos y producir soluciones y quiénes, en cambio, se dedicaron a hacer prevalecer sus mezquinos cantos de sirena e impostadas imágenes.

Transitar un camino propio

Con la crisis las estructuras prevalecientes se debilitan, lo cual puede ayudar. La lava funde cimientos y haríamos bien en no reconstruir aquello que ocasionó la destrucción. Se abren oportunidades para desarrollar soluciones adecuadas a nuestras circunstancias, en lugar de replicar fórmulas diseñadas para otras realidades. Con prudencia y creatividad podemos ir construyendo nuestra trayectoria de desarrollo sustentable.

La homogeneización del pensamiento estratégico fue desastrosa para los países del sur; llevó a importar visiones, agendas, soluciones que no se corresponden con nuestros intereses y singularidad; redujo la gama de opciones y mutiló nuestra creatividad. Es imperioso que recuperemos a pleno la capacidad de pensar y de innovar.

Aquellas usinas de ideas, análisis, valoraciones, recomendaciones, consagradas por fuertes grupos de interés son apenas una de varias posibles perspectivas; tienen el derecho de seguir aportando lo suyo pero de ningún modo presumir que lo hacen desde “la verdad”. Sus puntos de vista deben tamizarse con los de nuestros analistas, pensadores, científicos, filósofos, líderes espirituales. No se habla de cerrarse al mundo para regresar a lo parroquial, sino de confiar más en nuestros criterios de modo que las opiniones externas enriquezcan, no sustituyan, nuestro interpretar y nuestro decidir.

Esto es aún más acuciante en el contexto de la aceleración contemporánea(2) donde fijar el rumbo adquiere mayor preeminencia que la sola generación de potencia, cuando necesitamos diseñar alertas tempranas para detectar desvíos y efectos no deseados, adoptar más efectivos mecanismos de regulación, y escoger liderazgos fogeados en conducir con la velocidad requerida para acompañar los rápidos cambios de circunstancias.

Ajustar la estructura y la forma de funcionar

La nueva marcha requiere repartir mejor el esfuerzo y sus resultados. Toca promover una dinámica virtuosa que se sostenga a sí misma: comenzar por ajustar nuestra forma de funcionar de modo de generar transformaciones en la estructura socio-económica que faciliten, a su vez, un permanente mejoramiento del funcionamiento sistémico.

Cuando hablamos de ajustar la forma de funcionar nos referimos a tomar medidas y adoptar políticas con impacto macro y no tan sólo proponer programas especiales de atractivo perfil pero poca significación. No queda margen para la cosmetología política de cambiar algo para que nada cambie. Aunque sigan existiendo incautos a quienes se puede engañar, la propia dinámica social y económica termina siendo inexorable; la crisis habla por sí sola.

El rumbo adoptado es un pilar esencial del proceso de desarrollo... cuando es escogido con sabiduría y la ayuda de una buena brújula ética. Un rumbo consensuado

conjuga en el tiempo intereses, necesidades y valores; bien concebido es un factor de convergencia y motivación para el cúmulo de fuerzas que conforman una sociedad. Otros pilares son el conocimiento (basado en la educación, en la investigación científica y tecnológica, en el aliento a la innovación y creatividad) y la capacidad emprendedora, que es necesario alentar como uno de los más preciados activos sociales. Hacer parte del desarrollo de estos pilares es una responsabilidad, no una fuente de privilegios.

Por dónde comenzar

Para encarar los efectos de la crisis existen medidas de rápido impacto que, al tiempo de mejorar nuestra forma de funcionar, pueden fortalecer nuestra estructura económica y social. No son medidas tan solo reactivadoras sino decisiones capaces de reorientar sin detener nuestro proceso productivo.

Vale estar alertas porque cada vez que se produce una crisis los cantos de sirena llaman a reincidir en lo conocido, como si no hubiese tiempo o espacio para nuevas soluciones que puedan contener los efectos negativos, transformándonos. Lo existente trae consigo lo bueno y lo no tan bueno; vale mucho como experiencia. Pero habrá que despejar paja del trigo y dar paso a mejores estructuras que aseguren la direccionalidad escogida.

En esencia se trata de movilizar a pleno nuestra capacidad de realización; aprovechar todo nuestro potencial productivo, tanto el que se encuentra activo como el que está hoy esterilizado. Es imprescindible movilizar la base de la pirámide socio-productiva con medidas macroeconómicas, iniciativas mesoeconómicas y acciones de apoyo directo como son, entre otras, las desarrolladoras de negocios inclusivos, redes de inversores social y ambientalmente responsables y fondos que invierten en pequeña producción; todo esto en el contexto estratégico de apuntalar cadenas productivas para maximizar el valor generado, desarrollar las economías regionales y priorizar la educación, la ciencia y la tecnología.

La desigualdad y la crítica distribución del ingreso

Mucho se habla del origen financiero de la crisis y bastante menos del cúmulo de otras razones estructurales que hicieron posible la implosión. Una de las más importantes es la creciente concentración del ingreso que se produce tanto al interior de cada economía como a nivel del sistema económico internacional. La concentración del ingreso genera mercados sobrecargados de consumo conspicuo al lado de mercados empobrecidos que no logran satisfacer necesidades básicas. En contextos donde la oferta de bienes y servicios no cesa de crecer y la demanda no logra acompañar porque está fuertemente concentrada, se producen muy serios estrangulamientos. Para poder seguir funcionando sin encarar cambios, el sistema económico responde con soluciones coyunturales que van cebando la bomba: por un lado intenta expandir la demanda sobre-endeudando a los consumidores en lugar de proveerles de mejores ingresos (contradicción intrínseca del proceso concentrador); por otro lado, busca reciclar recursos de sectores excedentarios aplicándolos en colocaciones financieras cada vez más disociadas de una economía real imposibilitada de crecer orgánicamente debido al proceso concentrador. El sistema financiero lidera este juego del que obtiene jugosos resultados pero queda atrapado por viabilizar el sobre-endeudamiento de un consumidor sin respaldo de ingresos y por reciclar excedentes derivados del proceso concentrador en colocaciones especulativas (3) .

Aunque se trate de una dimensión crítica, debemos ser conscientes que con solo resolver la creciente concentración de la riqueza y de los ingresos no lograríamos desatar todos los nudos que traban nuestro desarrollo; es que existen otras variables cruciales, como la preservación del medio ambiente, el desarrollo tecnológico y de la productividad, el espíritu emprendedor, la eficiencia de gestión, el capital social de las comunidades, que inciden fuertemente sobre el curso de los acontecimientos; ignorarlas también acarrea desajustes sistémicos. Es, sin embargo, innegable que la desigualdad ha adquirido tal magnitud a nivel mundial que constituye hoy una de las principales amenazas para la viabilidad del desarrollo contemporáneo. El “factor” distribución del ingreso viene así asociado no solo a valores de justicia y respeto por la condición humana, sino también a la propia estabilidad y sustentabilidad de nuestro

funcionamiento como nación. Abatir el proceso concentrador y sus consecuencias en cuanto a desigualdad y pobreza, pasa a ser una condición necesaria, más aún imprescindible, aunque no suficiente, para mejorar la estructura socioeconómica y lograr un mejor funcionamiento sistémico.

En el mejor estilo del ex presidente Clinton, hoy el mensaje para quienes navegan por la superficialidad de los procesos podría ser “es el proceso concentrador, estúpido”.

Notas:

(2) Ver artículo [*Liderar en el vértigo de la aceleración contemporánea*](#), en Opinión Sur de octubre 2008

(3) Este análisis puede consultarse en el artículo [*Salir de la crisis hacia un mejor funcionamiento sistémico*](#), en Opinión Sur octubre 2008

Capítulo 4

Salir de la crisis hacia un mejor funcionamiento sistémico

La crisis internacional que estamos atravesando expresa graves fallas sistémicas en la forma de funcionar de los países centrales. Es el corazón del sistema global el que está fallando y procura protección para no ser arrollado por las mismas fuerzas que ayudó a desatar. Lo acontecido aparece como un tsunami financiero creado no por la naturaleza sino por la forma como hemos decidido organizarnos y funcionar. Sin embargo no vale engañarnos: hay otras causas estructurales adicionales más allá de las financieras. Hoy el desafío es lograr que las medidas de emergencia puedan facilitar el inicio de cambios fundamentales; recomponer el funcionamiento sistémico tal cual era antes de entrar en cortocircuito y desbarrancarse sería la peor de las alternativas.

La crisis internacional que estamos atravesando expresa graves fallas sistémicas en la forma de funcionar de los países centrales. Es el corazón del sistema global el que está fallando y procura protección para no ser arrollado por las mismas fuerzas que ayudó a desatar. Lo acontecido aparece como un tsunami financiero creado no por la naturaleza sino por la forma como hemos decidido organizarnos y funcionar. Sin embargo no vale engañarnos: hay otras causas estructurales adicionales más allá de las financieras.

Necesitamos reflexionar y revisar conceptos aún aquellos más consagrados; reconocer la realidad de los procesos en curso y apartarnos de predicamentos dogmáticos. Es hora de revisar a fondo el “*contrato global*” reconociendo la lógica que lo sustenta y los efectos no previstos de su forma de funcionar. Aún cuando hay mucho por transformar y ajustar también existen activos que vale preservar; no ayuda arrojarse de un extremo al otro del péndulo.

Para comprender plenamente lo sucedido es necesario considerar las externalidades no deseadas del presente sistema económico mundial; reconocer cómo se han generado, ver cómo abatirlas y evitar que puedan reproducirse. Las externalidades no deseadas están presentes en la crisis sistémica y también en la eventual transición

hacia un mejor funcionamiento sistémico; condicionarán los nuevos acuerdos requeridos para rediseñar la arquitectura financiera y reorientar la economía real.

La pata financiera de la crisis

Pareciera que la crisis es de origen financiero y que si se reformase el sistema financiero la crisis retrocedería hasta desaparecer. Esta es una verdad a medias. Es cierto que el sistema financiero se salió de madre, se alejó peligrosamente de la economía real hasta creerse la locomotora y el piloto de la economía global. El movimiento de flujos financieros adquirió una magnitud fenomenal. En tiempo real un click de computadora moviliza mares enteros de recursos de un punto a otro del globo. Los operadores financieros que en un origen tenían puesto un ojo en sus negocios financieros y el otro en la economía real, pusieron luego los dos ojos, sus oídos, su olfato y su intuición en sólo obtener resultados de jugadas financieras cada vez más sofisticadas. Se fueron así distanciando los espacios financieros de sus anclajes en la economía real. La codicia y el facilismo, el ganar el milésimo que multiplicado por miles de millones conformaron fortunas instantáneas, se sumaron a los factores que encaminan el proceso en dirección al abismo.

Los reguladores, por su parte, no supieron o quisieron cumplir su papel de control y de alerta; primó la creencia que el mercado podía autoregularse y que si llegara a acontecer un desborde surgirían endógenamente los mecanismos correctivos. Pero el mercado se desbordó y no aparecieron mecanismos correctores sino de la mano de la autoridad política y con altísimos costos sistémicos.

El desbocado sistema financiero deviene una de las causas estructurales de la crisis pero su génesis e implosión están asociadas a otro crítico rasgo estructural de la forma de funcionar de los mercados: los extendidos procesos de concentración de ingresos y de riqueza, tanto entre países como al interior de cada país.

Aquel desestimado proceso de concentración de la riqueza

a. Entre países

Las abismales diferencias económicas entre países generan todo tipo de antagonismos, conflictos que sufren quienes compiten con desventaja, imposiciones sustentadas en diferencias de poder, reacciones virulentas, represión, castigos, corrientes demográficas no deseadas, homogeneización del pensamiento con epicentro en los países centrales que limita la capacidad de apreciar diferencias y empobrece las respuestas.

El proceso de concentración internacional de la riqueza genera mercados sobresaturados de consumo conspicuo y mercados empobrecidos con bajos niveles de satisfacción de las necesidades básicas de su población. Entre esos polos aparecen países intermedios con una diversidad de niveles de vida y de consumo. Cuando al interior de los países centrales se producen serios estrangulamientos por una oferta productiva que no cesa de crecer y que depende para sostener ese crecimiento de una demanda que no acompaña porque está fuertemente concentrada, el funcionamiento sistémico bracea en búsqueda de soluciones coyunturales que le permitan proseguir con su estructura intacta. Ese tipo de soluciones que facilitan el acceso al consumo pero no a los ingresos (implicaría tocar la estructura distributiva) requieren un sistema financiero que empuje todo lo que pueda los límites de viabilidad del proceso concentrador; actúa como un efímero dique que intenta contener los efectos que se desprenden de la forma sistémica de funcionar.

Mientras esto ocurre en países centrales algunas de las grandes economías emergentes introducen ajustes estructurales que les permiten alcanzar robustas tasas de crecimiento. Países como China, India, Brasil y las dinámicas economías del sudeste asiático ocupan posiciones globales preponderantes, acumulando abultados superávits comerciales y financieros. En esa coyuntura, al postergar las economías centrales ajustes sistémicos que pueden resolver sus desbalances estructurales, arriesgan no poder

conservar roles de liderazgo global y afectan en el corto o mediano plazo al resto de países.

b. Al interior de los países

Al interior de las economías emergentes las desigualdades derivadas de un proceso concentrador se expresan en una extendida pobreza, una precaria institucionalidad, un débil aparato productivo, frecuentes estrangulamientos externos y en la fragilidad de su mercado interno, factores que actúan desestabilizando el funcionamiento sistémico y generando periódicas crisis de carácter funcional y estructural.

Como se señaló, las economías centrales tienen mayores recursos y pueden contener por un tiempo los efectos negativos de la concentración económica en su propia economía; sin embargo, si ese proceso no es revertido los efectos encuentran de todos modos la forma de expresarse.

La lógica económica hace que, cuando crece sostenidamente la producción y se concentra la riqueza, se produzcan desajustes estructurales. Lo que produce el aparato productivo se orienta, por un lado, a satisfacer a los sectores que se benefician de la concentración pero, como esta demanda es insuficiente para absorber el conjunto de la oferta, procura también encontrar mercados en sectores no favorecidos. Aquel segmento de la oferta orientada a los consumidores afluentes no puede crecer sino promoviendo el consumo superfluo; en cambio la oferta orientada al resto de la población depende que puedan establecerse mecanismos que faciliten su consumo más allá de sus posibilidades económicas. El sistema financiero, que es parte esencial del sistema económico, se desarrolla acorde con esas circunstancias y crece explosivamente en base a “soluciones” que logra aportar a ese funcionamiento sistémico de naturaleza concentradora: recicla recursos excedentarios en colocaciones financieras y provee financiamiento para un consumo que con sus propios recursos no podría expresarse en el mercado. Es penoso pero aleccionador seguir los efectos del proceso concentrador que se filtran como lava a

través del sistema económico hasta llegar a desembocar explosivamente en una crisis sistémica.

Una peligrosísima combinación de fenómenos

El consumo superfluo es una de las formas que tienen los sectores afluentes de aplicar los recursos que exceden la satisfacción de sus necesidades básicas. Pero no son sólo ellos los que caen en ese tipo de consumo; también participan los sectores medios y bajos con acceso a financiamiento. A través de una agresiva publicidad el mercado procura constantemente expandir el límite de lo que los diferentes grupos sociales consideran como necesidades básicas, generando artificialmente una insatisfacción casi permanente que deriva en consumo al entrelazarse hábilmente con complejos aspectos de ansiedad existencial. La enorme masa de consumo conspicuo tiene efectos sistémicos perversos ya que sostiene un nivel de producción que no se condice con la estructura distributiva prevaleciente (recalentamiento financiero por sobreendeudamiento); además orienta una buena parte del aparato productivo a producir esos bienes o servicios superfluos consagrando una estructura subóptima de asignación de recursos y sumando interesados en sostener el proceso de concentración.

Los recursos excedentarios de los sectores beneficiados por el proceso concentrador se colocan en inversiones financieras o en la economía real que, al madurar, refuerzan la concentración. La aplicación de recursos sigue criterios de rentabilidad y de riesgo; esto es, sea directamente o a través de entidades intermediarias, buscan colocaciones que aseguren la mayor rentabilidad posible dado un cierto nivel de riesgo aceptado. Estos criterios de riesgo y rentabilidad no están en general asociados con otros de impacto social y ambiental de la inversión (4), lo cual evidencia que no existe aún un mecanismo sistémico capaz de asegurar el mejor uso global de los ahorros disponibles. Como cada opción de colocación de recursos compite con otras, se da una pugna por atraerlos. Parte de esa pugna es legítima y se basa en aprovechar innovaciones y en ser más eficientes que la competencia; pero otra parte es ilegítima y se sustenta en (a) maximizar retornos en base a información privilegiada, a posiciones monopólicas, a lucrar con corrupción, sistemas delictivos, explotación de fuerza de

trabajo, destrucción del medio ambiente, conflictos bélicos, etc, y (b) en esconder los riesgos y responsabilidades a través de complejas operaciones y cadenas de intermediación y derivación.

Como se señaló, el proceso concentrador genera también una brecha entre la demanda efectiva de sectores poblacionales medios y bajos y la oferta de bienes y servicios a ellos dirigida. La forma sistémicamente más apropiada de cerrar esta brecha estructural sería desmontando el proceso concentrador y facilitando el desarrollo de una demanda genuina sustentada en sus propios recursos. Cuando esto no sucede y el crecimiento del aparato productivo exige la contraparte de una demanda que no logra acompañarlo a una tasa semejante, se crean condiciones para que el sistema financiero busque expandir esa demanda más allá de su capacidad de pago. De ahí a generar el sobreendeudamiento de los consumidores hay un solo paso; la burbuja de hipotecas subprime es quizás el más dramático pero no el único ejemplo de este proceso perverso.

La conjunción entonces de un proceso estructural de concentración de la riqueza que se refuerza a sí mismo, la consecuente expansión tanto del consumo conspicuo como del sobreendeudamiento de consumidores de rentas medias y bajas, sumado a un segmento del sistema financiero que, con sofisticada codicia, sostiene artificialmente la situación más allá de los duros límites impuestos por el funcionamiento concentrador, explican la lógica que conduce a la crisis. Por cierto que las trayectorias específicas hacia la crisis son mediatizadas por circunstancias históricas e institucionales que difieren de lugar en lugar.

La emergencia y la salida de la crisis

Se repite una y otra vez que cuando se incendia tu casa lo primero que hay que hacer es apagar el fuego. La alegoría tiene su trampa porque sugiere que lo único que es posible hacer en una emergencia es atacar como mejor se pueda el fuego destructor; más tarde habría tiempo para descubrir su origen y reconstruir lo que fuese necesario reconstruir. Pero ocurre que cuando lo que se descalabra es un sistema, las imprescindibles medidas de emergencia debieran plantearse junto con rápidos ajustes en

el funcionamiento de ese sistema so pena de apagar apenas un foco de incendio para que otros emerjan en lugares y momentos inesperados. En definitiva, lo que se quiere explicitar es que las necesarias medidas de emergencia debieran traer en su seno el germen de los ajustes sistémicos.

Ocurre que no hay una sólo forma de encarar una emergencia sistémica y la peor de todas es aquella que permitiese recomponer el funcionamiento sistémico tal cual era antes de entrar en cortocircuito y desbarrancarse. En próximas entregas de Opinión Sur procuraremos precisar algunas de las características de una salida a la crisis que fuese capaz de ir configurando un más justo y eficaz funcionamiento sistémico.

Nota:

(4) Felizmente existe una creciente corriente de inversores, significativa pero minoritaria si la comparamos con los astronómicos movimientos financieros contemporáneos, que ponderan sus opciones de inversión con criterios sociales y ambientales

Capítulo 5

Crisis en Estados Unidos: sugerencias desde el Sur

La crisis de Estados Unidos presenta importantes desafíos internos. Se desarrolla una virulenta pugna entre sectores para evadir o deslizar los costos de la crisis. Mientras algunos lucran con ella, el resto intenta subsistir hasta capear el temporal. Las soluciones que se adopten condicionarán fuertemente las trayectorias futuras. Cuando la turbulencia pase será muy difícil transformar las nuevas dinámicas que se hubiesen establecido. Ante eso no sirve una mirada azorada. Es crítico analizar sobre la marcha las consecuencias de las distintas estrategias de salida a la luz de los principios fundacionales del país. La crisis no requiere de otros principios; más bien somete a prueba los existentes. No son recomendables costosos “salvatajes” que en lugar de relanzar el país sobre bases más inclusivas pudieran reforzar procesos de concentración.

Estados Unidos atraviesa una crisis que afecta al país y al resto del mundo. Sus causas son complejas y diversas. Desde hace un buen tiempo Juan Eugenio Corradi ha ofrecido desde la sección Geopolítica de Opinión Sur su aguda visión sobre la naturaleza del proceso que origina la presente crisis. Basado en esa perspectiva y en nuestra experiencia en el Sur pensé si tendría algo que aportar a la opinión pública estadounidense.

En verdad al principio esta idea me pareció algo extraña porque consejos y sugerencias tienden más a seguir un curso Norte-Sur que uno Sur-Norte. Después también recordé con qué resistencia recibíamos en el Sur las recetas enlatadas generadas en ciertos organismos y usinas ideológicas del Norte. Y me dije que por respeto a nuestros hermanos del Norte no tenía derecho a reproducir esos errores. Cualquier sugerencia que pudiera ofrecer no debería ser comprensiva ni categórica porque quienes viven en ese proceso tienen mejor comprensión de sus potencialidades y vicisitudes; esas circunstancias son innumerables, cambiantes, singulares; a veces obvias, otras profundas enraizadas en tradiciones, visiones y afanes nacionales de larga data. De este modo, las líneas que siguen son simples sugerencias para reflexionar, que pueden o no servir de insumos a quienes hoy están abocados a enfrentar la severa crisis que les afecta.

Principios básicos que es necesario respetar cuando se buscan soluciones

Cada sociedad es portadora de ciertos principios básicos que hacen a su identidad y se proyectan en su accionar. Estos principios deben ser respetados e integrados a las soluciones que buscan superar los problemas, sean éstos grandes o pequeños. Sólo si alguno de esos principios resultase incompatible con los tiempos que se viven podría ser abandonado o ajustado.

No es mi propósito enumerar el conjunto de principios fundacionales de Estados Unidos que aún guían el accionar ciudadano. Para efectos de este artículo permitanme escoger tan sólo algunos de los principios más valorados por el pueblo de los Estados Unidos.

- El principio de la libertad de pensamiento y de crear y gestionar todo tipo de iniciativas que no violen leyes.
- El principio democrático de ofrecer iguales oportunidades para todos.
- El principio de unidad nacional y de cuidar a los más vulnerables.
- El principio de responsabilidad frente a nuestros actos y las consecuencias que de ellos se derivan.

Por cierto que hay muchos otros e importantes principios pero, como acabo de indicar, este conjunto hace de buen sustento para las sugerencias que se ofrecerán en las siguientes líneas.

La co-responsabilidad frente a la crisis y las soluciones

En verdad, somos todos o casi todos responsables de una crisis, pero en diversos grados. No es el momento, y además es muy difícil, hacer una escala acabada y puntillosa del grado de responsabilidad de cada quien pero está claro que hay grandes diferencias entre actores

Podría afirmarse que los principales responsables directos son quienes generaron las burbujas especulativas que ahora se desinflaron y quienes no supieron o quisieron controlarlos como era su responsabilidad institucional. Ellos debieran afrontar los mayores costos para salir de la crisis. Responsables indirectos son quienes diseñaron las normas y regulaciones de política que condujeron al país hacia esta crisis.

Existen otros co-responsables que, sin haber generado esas burbujas, participaron de ellas y se beneficiaron con su existencia. También debieran ellos asumir su cuota de responsabilidad y del consecuente costo.

En alguna medida, todos los demás sectores de la sociedad estadounidense, por acción u omisión, tienen grados descendentes de responsabilidad y, como tales, les toca también participar, en esa menor proporción, de los costos de las soluciones.

¿Porqué este hincapié en los diversos grados de co-responsabilidad? Porque también en las crisis operan los grupos de interés. Los más ágiles, conectados o informados harán todo lo posible para deslizar los costos derivados de su co-responsabilidad sobre otros hombros. Frente a la turbulencia, el miedo y el desconcierto que atenazan las mentes comunes en una situación de crisis, aquellos más avezados aprovechan esos mismos factores para evadir costos y, de ser posible, aún lucrar con la crisis. Caben pocas dudas que, al final, la crisis será resuelta, ya que un país con el poder político, económico y militar de los Estados Unidos no se dejará fácilmente colapsar. No se analiza en este artículo las transferencias de costos que los Estados Unidos pudiesen trasladar a terceros países pero, desde la perspectiva interna, el tema es quiénes pagarán los desaciertos cometidos y qué segmentos de la sociedad estadounidense emergerán fortalecidos y cuáles debilitados o demolidos. Si el mercado es feroz en épocas normales puede imaginarse su voracidad en épocas donde límites y posibilidades se reestructuran violentamente permitiendo dramáticos avances y retrocesos. Afirma el dicho popular que “a mar revuelto ganancia de pescadores”, sólo que, en circunstancias de crisis, los pescadores gananciosos no suelen ser los más honestos, solidarios, aquellos preocupados por la situación del conjunto social, sino los más habilidosos para lucrar en medio de la desgracia de muchos. Toca a los reguladores

y a una opinión pública conciente erguirse para alentar a quienes realmente ayuden a la recuperación y, al mismo tiempo, contener el abuso y la depredación, protegiendo al ciudadano común y en especial a los más vulnerables.

Soluciones justas y efectivas en el transcurso de capear el temporal

Frente a una crisis los más audaces operadores aprovechan el miedo y el riesgo cierto de un colapso generalizado para moldear a favor de sus intereses las soluciones destinadas a capear el temporal. Mientras que la mayoría busca refugio hasta que amaine la tormenta, los audaces hacen pingües diferencias en el transcurso mismo del temporal. Ellos no están preocupados por hacer frente a las consecuencias directas de lo que está sucediendo. Que sean las agencias públicas, las organizaciones religiosas o de desarrollo, los ciudadanos comunes quienes las asuman. Los especuladores tienen su energía libre para aprovechar la coyuntura. En los países del Sur hemos visto hasta el hartazgo que las crisis efectivamente generan oportunidades pero que esas oportunidades no están democráticamente al alcance de todos. Quienes disponen de liquidez, de contactos, de información privilegiada, suelen lucrar desafortadamente, mientras que el resto, acorralado por los efectos de la crisis, apenas si puede concentrarse en subsistir durante el temporal. Cuando la turbulencia pasa ya es tarde para recomponer situaciones: las dinámicas que se establecen son luego más difíciles de transformar.

Hay mucho que precautelar en una crisis y este autor es incapaz de identificar todo lo que sería necesario realizar. Tan sólo puedo señalar que el desafío no pasa por sobrevivir el temporal sino por aprovechar para el bien del conjunto social las oportunidades forzadas o paridas por la crisis. En particular, dado el foco de Opinión Sur en los sectores poblacionales de la base de la pirámide social, puedo sugerir algunas medidas de emergencia para ayudar a estos sectores de modo que logren emerger de la crisis fortalecidos y no debilitados.

Durante la crisis y no después de ella, se impone dinamizar la movilización productiva de los pequeños productores; hacerlo de inmediato, con fuerza y

determinación. Es imprescindible fortalecer las condiciones de funcionamiento de la amplísima base del aparato productivo estadounidense: con crédito y acceso a capitales pero también facilitando información sobre buenas oportunidades de mercado y modernas ingenierías de negocios que están disponibles. No se trata de hacer un poco más de lo mismo sino aprovechar el “mezclar y dar de nuevo” que llega con la crisis para dar paso a algo mucho mejor y sustentable.

Estados Unidos tiene los instrumentos necesarios para encarar una iniciativa de significación y trascendencia. Pero la envergadura del desafío exige reforzar esos instrumentos. Ya existen fondos comunitarios de capital de riesgo (Community Venture Capital Funds): deben capitalizarse y multiplicarse aprovechando la experiencia acumulada en las dos últimas décadas. Existen programas públicos y privados orientados a los pequeños emprendimientos productivos: es el momento de incrementar su financiamiento y poner sobre ellos la máxima tensión. Hay una banca especializada en pequeños créditos: es necesario desarrollarla aún más y universalizar su cobertura.

Todo esto es posible y necesario. Pero hay algunos otros elementos catalíticos que pueden enriquecer dramáticamente la movilización de la enorme base productiva de los Estados Unidos. Ellos tienen como común denominador el conocimiento.

Catalizar una mejor salida de la crisis

La comunidad científica y tecnológica de Estados Unidos es impresionante. Podrá no ser perfecta y de hecho habrá mucho por mejorar, pero la ciencia y tecnología de ese país es un instrumento inigualable para movilizar con efectividad su base productiva. Su foco principal no ha sido en general el de los pequeños productores y, aunque nadie podría recomendar que se descuidasen otras áreas de importancia estratégica, lo cierto es que hay un margen enorme, hasta ahora pobremente aprovechado, para favorecer una explosión productiva desde la base de la pirámide social; esto es, facilitar el desarrollo acelerado pero sustentable de un número significativo de promisorios pequeños emprendimientos.

Enfatizamos la noción de “promisorios”, que va asociada al concepto de excelencia, porque no se trata de reproducir mediocridad o emprendimientos no sustentables sino hacer germinar lo mejor del espíritu emprendedor e innovador. Sólo que la excelencia, para adquirir una envergadura significativa, tiene que plantearse no para un puñado de iniciativas sino para la inmensa mayoría de los pequeños emprendimientos. ¿Cómo encarar tamaño y tan complejo desafío? Por de pronto no debiera sorprender que es con las crisis que se generan condiciones para intentar nuevas soluciones para viejos problemas. Más que observar azorados el avance de la recesión y de la especulación, se trata que la comunidad científica y tecnológica se declare en emergencia y respalde en medio de la crisis a los pequeños emprendedores para que puedan aprovechar los nuevos espacios económicos. De este modo, en lugar de emerger de la crisis con una sociedad aún más desigual, Estados Unidos podría encontrarse con una base productiva más ancha, dinámica y creativa.

Hay miles, decenas de miles de emprendedores listos para encarar el desafío. No faltan oportunidades pero las condiciones para poder aprovecharlas deben estar disponibles. Se requiere mayor conocimiento socioeconómico dentro de las redes de inversores ángeles que apoyan a pequeños emprendedores y, de ser posible, acercar ingenierías de negocios (como los sistemas de franquicias, los consorcios de exportación, las centrales de servicios) capaces de articular pequeña producción hoy dispersa en organizaciones de porte medio de modo de poder acceder a mejores umbrales de oportunidades. Se necesita también articular los inversores ángeles con más fondos comunitarios de capital de riesgo, nuevas desarrolladoras de buenos negocios que sirvan a la base de la pirámide social, multiplicar mecanismos de promoción de la innovación social, reorientar las Escuelas de Negocios para mejor atender a los pequeños productores, activar la responsabilidad mesoeconómica de las empresas líderes de cadenas productivas de modo de incorporar explícitamente en su matriz de decisiones el impacto de su propio accionar sobre proveedores, distribuidores y las comunidades en las que desarrollan sus negocios (más allá de los tradicionales programas de relaciones públicas o corporativas). No hace falta decir que el rol del sector público se agiganta con la crisis, tornando aún más imperioso mejorar la asignación del gasto público y eliminar la regresividad del sistema impositivo.

Es inacabable el listado de posibles acciones y medidas para emerger lo mejor posible de una crisis. Pero el criterio ordenador básico es encarar la crisis sosteniendo a ultranza aquellos principios que el pueblo estadounidense considere que son fundacionales de su identidad y del porvenir que desean. No existen principios para épocas normales y principios para momentos de crisis. Las crisis no requieren de otros principios sino de medidas de emergencia consustanciadas con esos mismos principios. Libertad de pensamiento y de crear y gestionar iniciativas, democratizar oportunidades, preservar la unidad nacional, cuidar a los más vulnerables, asumir responsabilidad frente a nuestros actos y las consecuencias que de ellos se derivan, son principios que no desaparecen con las crisis; son más bien sometidos a prueba por ellas. Con esta brújula los estadounidenses pueden explorar nuevas avenidas para salir fortalecidos y ojala renovados de la crisis en lugar de acudir a costosos “salvatajes” que terminan exacerbando graves fenómenos de concentración económica.